

¿Qué más esperaba yo encontrar ahí?

Autor: Demian Rugna

Se puede decir que lo vi crecer; que me vi reflejado en él hasta que crecí y me alejé de la antigua funeraria donde esa cosa vivía junto a mis padres. Si, vivía, y donde aun lo sigue haciendo.

Crecí sabiendo que volvería a enfrentarlo algún día, antes que mi familia lo heredara junto con el inmueble. Tal y como yo lo hiciera alguna vez.

Tenía la misma edad que mi nieto cuando descubrí que sus formas cambiaban a medida que pasaban los años. Fui el primero en darme cuenta que su cobrizo marco de madera tallada era quien rechinaba como un gusano comiéndose mi sueño por la noche. Su tamaño aumentaba tan imperceptiblemente que mis palabras eran mentiras en oídos de mis padres que, para ese entonces, ya eran tan protectores de esa cosa como adictos a esa cosa.

Ese espejo colgado en la sala mortuoria era esa cosa. Un asco que se alimenta de la misma muerte que él reflejaba, bebiendo de las lágrimas que ayudaba a ser secadas,

reflejando sus brillos caer por las mejillas de las viudas y madres en pena. Ese era su trabajo, justamente para eso lo había colgado mi abuelo ahí, para escupir imágenes en su cristal pulido, para ensuciarse con el ocre aroma de la muerte que pegaba el viento, para empañarse de suspiros angustiantes que añoraban viejos tiempos de un cadáver día a día, año a año.

Nadie podía ver en él más allá de uno mismo. Excepto yo. Por eso, a espaldas de mis padres, intenté inútilmente arrancarlo de la pared a la que parecía aferrarse sin intención de soltarla. Pero era imposible, cada vez que intentaba destruirlo, mis padres aparecían a separarnos como hermanos que se pelean, tomando partido siempre por el más débil.

Decidí irme de la casa de mis padres prometiendo volver con brazos más pesados y rencorosos.

Pasó el tiempo. Vaya que sí. Hoy era el día que debía enfrentarlo; y eso fue lo que hice.

Llegue a la ciudad por la madrugada y me dirigí a la funeraria. No había entrado ahí desde que escape de ella, siquiera la muerte de mis padres me empujó a acercarme a este edificio en ruinas y plagado de malos recuerdos.

Una vez dentro, me abrí paso a través de las enormes telarañas que terminaban abrazándose a mi cuerpo como si yo fuera la última esperanza que tenían ellas para salir de ese lugar.

Al final del corredor me encontré con la sala mortuoria e indefectiblemente él estaba ahí. Esa cosa seguía ahí. Imponente. Pegado a la pared que parecía sufrir su insignificante peso. Su marco había crecido y sus vetas talladas se hicieron más profundas. Una gruesa capa de polvo cubría su cristal e impedía verme reflejado. Un reflejo que seguramente me aguardaba con decenas de años más joven para endulzar mi vista, para pedirme piedad... como lo solía hacer. Pero yo estaba ahí para destruirlo.

Desprender el cuadro costó mucho más esfuerzo del que un joven anciano como yo puede llegar a hacer. Fue justo en el momento en que estuve a punto de desistir cuando el marco cedió resignado, como si se hubiera dado cuenta de su inevitable final.

El espejo se deslizó por la pared y cayó al suelo con el peso de los años y ahí estalló su cristal.

Entonces lo vi todo. Eso que tanto había ocultado a sus espaldas ya no podía taparlo. En

la pared había un enorme y hediondo agujero negro que oficiaba como una gigantesca carie en la gastada pared; un agujero relleno de un viscoso barro donde nadaban gusanos bien alimentados.

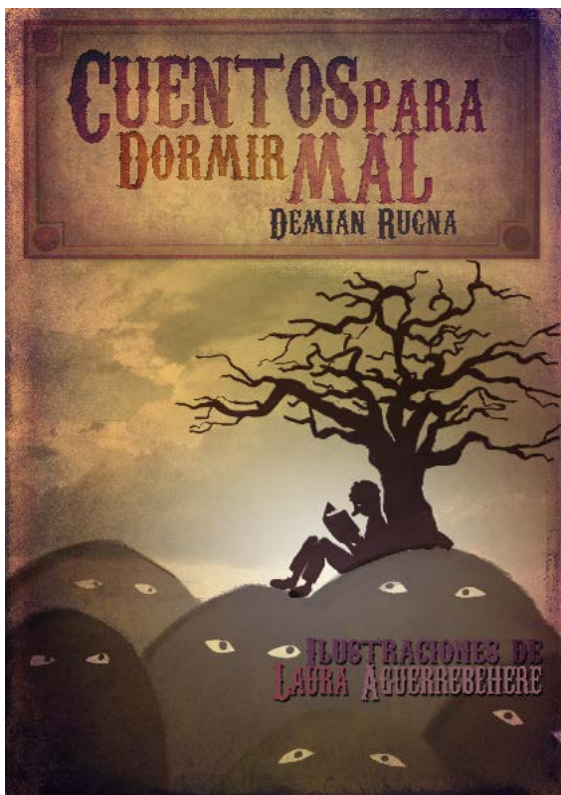
Esa carie exhaló un aire que entró por mi nariz desquiciado, queriendo tocar todos los botones de mi interior al grito de "¡Muerte! ¡Muerte!" No me dio tiempo. Cuando quise dar una bocanada de oxígeno para callar ese hedor gritando en mi cabeza, el inconsistente bloque de barro que cubría el agujero en la pared se desplomó a mis pies para dejarme ver el horror en su interior.

Ahí estaban todos esos pálidos rostros empujados en este oscuro fango; y pude reconocerlos, a cada cliente de la funeraria durante mi infancia, mis recuerdos estaban ahí, junto con ellos. Pero lo que es aún peor, lo que heló aun más mi sangre, fue que pude reconocer los rostros de propios padres junto con el resto. Mirándome. En silencio.

Dios mío... ¿Qué mas esperaba yo encontrar ahí?...

¿Qué es lo que pretendía encontrar detrás del espejo donde la muerte se maquilla?

El cuento pertenece al libro



(c) 2012 Demian Rugna
www.demianrugna.com.ar
[@lauraaguerrebehere](https://twitter.com/lauraaguerrebehere)